

### III Certamen de Poesía “Villa de Ágreda” 2020

#### LAS CALLES DE ÁGREDA

*Te tuve  
cuando eras  
dulce,  
acariciado mundo.  
Realidad casi nube  
¡cómo te me volaste de los brazos!*  
**Ángel González**

De siempre he sabido que son estas mis calles,  
territorio amado donde iba inventando mi vida,  
que sus vientos, sus casas, las calles,  
sus esquinas, hasta las mismas piedras  
son como parientes próximos, casi familia,  
amigos tutelares,  
que si ahora me marchara sería un doloroso exilio.

Y es que mi vida empieza aquí, en estas calles  
donde un niño en calzoncillos,  
a la grupa de unas sandalias de plástico,  
corría guiando un aro de metal  
con la seguridad del que conduce un Mercedes  
por los anchos bulevares de la vida,  
que por aquel entonces era una quimera de luz  
alumbrando el horizonte.

Sí, mi vida empieza aquí, en estas calles,  
otrora empedradas de cromos y peonzas,  
donde devorábamos hogazas de pan con aceite  
mientras jugábamos al escondite,  
en un tiempo sin tiempo  
en el que Dios mismo se deleitaba  
jugando al corro con nosotros.

Pero me robaron a pedazos aquel tiempo  
y ahora no me conceden el privilegio  
de regresar a ese feraz escenario  
donde la vida era vida  
y la longitud de la felicidad  
se medía en pueriles desafíos alcanzados,  
batallas con espadas de madera,  
artesanos arcos y flechas  
o despiadadas batallas con tirachinas,  
victorias celebradas al repique de un tambor  
hecho con una caja de cartón  
o una gigantesca lata de tomate.

Aquí, en estas mismas calles también,  
nos fuimos haciendo mayores  
y abandonamos el parvulario y el colegio de primaria,  
la carpeta de material y las canicas,  
por el instituto y la facultad,  
ansias de ser alguien el día de mañana  
que nos fueron inculcando.

Y poco a poco nos fuimos alejando,  
sustituyendo la parva de los trigos,  
las charcas con las ranas  
y las chozas de horquillas y matojos,  
por el asfalto y el estrés,  
y fuimos cayendo en la desidia y la desgana,  
en la apatía y el desamor,  
y los sueños dando paso a las renunciadas obligadas.

Hoy, cuando paseo estas mismas calles,  
apenas quedan restos de aquel tiempo,  
algunos tiestos de macetas  
engalanando los balcones de colores,

el ocre que inunda las paredes  
como pátina de lo antiguo,  
o algún que otro cuento escuchado  
al amor de las ascuas de un brasero de picón  
y custodiado en la memoria de algún nostálgico,  
como testigos mudos del melancólico escenario.

Hoy, cuando ando estas mismas calles,  
a veces creo escuchar salir de los portones  
susurros de voces conocidas  
que ya nunca volveré a oír,  
madres y abuelas,  
que desde los soportales y los zaguanes  
eran ángeles custodios de nuestro devenir,  
y hombres fornidos, venidos a menos con los años,  
que dejaron su aliento en las almunias  
y que sentados al fresco, desde las sillas de anea,  
eran perennes vigilantes de todos nuestros sueños.

Hoy, en estas mismas calles,  
mientras el corazón se me encabrita en el pecho,  
respiro un aire  
que colecciona un tiempo de otro tiempo  
y que como peonza incansable gira en mi memoria.

Y es que no tengo más riqueza que lo que he vivido,  
memoria de la luz y de la sombra,  
tolvaneras y soles,  
un tropel de ganado calle abajo  
en busca de pasto donde saciar su hambruna,  
y golondrinas, cientos de golondrinas,  
buscando, como yo un día, un lugar donde anidar.

Aquí he pasado mi vida hasta hoy,  
está tan cercano del mar el cielo,  
tan al alcance de las manos el horizonte,  
que dediqué mi vida a contar estrellas, primero,  
luego, a ver pasar las nubes,  
sueños que no se detuvieron,  
y por último, a quemar banderas  
que no fueron sino engaños.

Nunca he echado nada de menos,  
excepto un mapa sin fronteras,  
más palabras de mis manos y más versos.